

Los pasajes *más* favoritos entre los favoritos

de

La Carta a los Romanos: Un Comentario

P. Steven Scherrer

Humocaró Alto
Venezuela
2006

1 (45) PERO SON *POCOS* LOS QUE LLEGAN a este estado de purificación porque son *pocos* los que renuncian a los placeres de la vida y viven una vida obediente de oración y ayuno lejos del mundo en su mundanidad con sus distracciones y tentaciones. Son *pocos* los que viven en el desierto según el ideal de Juan el Bautista, viviendo sólo para Dios, y como consecuencia sumergidos e inundados en su amor y esplendor. Pero los que viven así pueden estar no más en la carne, sino en el Espíritu. (Rom 8, 9).

2 (46) Uno siempre puede caer atrás y estar otra vez en la carne, viviendo según la carne. Por eso es tan importante *huir* de este mundo en su mundanidad con todas sus tentaciones y distracciones, y dejar todo estilo mundano de vivir. Esto aplica a todos, sobre todo a los monjes, pero a cada uno según su estado de vida y vocación. El Espíritu Santo le mostrará cómo debe aplicar este ideal a su vida. La mejor vida, si queremos ser transformados y divinizados, es, de una manera u otra, la del desierto. Todos son llamados a este ideal, a una vida *obediente*, vivida íntimamente con Dios, sumergida en el esplendor del amor divino en Jesucristo. Esta es la vida en las cimas de la luz, con nuestra tienda armada en el esplendor de Dios, contemplando su belleza, e iluminada por la esperanza de la gloria (Rom 5, 2). (Rom 8, 12).

3 (47) Los monjes no renuncian a los placeres del cuerpo sólo porque son pecaminosos: comer carne no es pecado, comer condimentos no es pecado, desayunar y cenar no son pecados. Visitar a su familia en su casa no es pecado. Vestirse de ropa seglar no es pecado. Comer delicadezas no es pecado. Sin embargo, tradicionalmente los monjes han renunciado a todas estas cosas, no porque son pecaminosas, sino para tener un espíritu más recogido en Dios, una vida vivida sólo para él, y un corazón más indiviso, reservado únicamente para el Señor. Así renuncian a muchos de los placeres de la carne y del cuerpo, y no viven según los deseos de la carne. Viven más bien por medio de las inspiraciones del Espíritu Santo. (Rom 8, 13).

4 (48) La vida resucitada vivida no según la carne, sino según el Espíritu es la vida de un *extranjero* y *peregrino* en este mundo: “Amados, yo os ruego como a *extranjeros* y *peregrinos*, que os abstengáis de los deseos *carnales* que batallan contra el alma” (1 Pd 2, 11). No es que no tenemos interés en la salvación y mejoramiento del mundo, pero es que no debemos vivir una vida mundana. Y así somos peregrinos para Cristo, pasajeros aquí abajo, extranjeros en los entretenimientos de este mundo. No queremos enredarnos en los apegos y placeres de aquí abajo, porque nuestra ciudadanía (Fil 3, 20) y corazón (Mt 6, 19-21) están en el cielo. Somos como buenos soldados de Cristo, y “Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Tim 2, 4). No somos, pues, de este mundo: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Jn 17, 14). Somos más bien *extranjeros* y *peregrinos* aquí abajo. Así, no viviendo según la carne sino según el Espíritu, somos *muertos*, *crucificados*, y *sepultados al mundo*, pero *resucitados* y vivos para Dios. (Rom 8, 13).

5 (57) Jesús dice: “*permaneced* en mi amor” (Jn 15, 9). Su amor es una hoguera que resplandece con un fulgor incomparable que penetra cada fibra de nuestro ser. Podemos permanecer en este esplendor por la perfecta obediencia a su voluntad. Esto es muy

difícil, pero debe ser el gran proyecto de nuestra vida. ¿Quién no querría permanecer en este esplendor? Obediencia es el camino para lograrlo. (Rom 11, 22).

6 (58) Pero si *permanecemos* en la vida, que es Cristo, tendremos la vida divina en nosotros, la misma vida espléndida en que viven juntos el Padre y el Hijo. Dios ha enviado a Cristo para que pudiéramos participar en esta vida divina, que es una vida de esplendor y luz, una vida llena del amor divino, que es el amor entre el Padre y el Hijo. Es un esplendor que sólo Cristo puede darnos. (Rom 11, 23).

7 (59) La persona más santa no es la que hace más, o produce más, o que es más activa, ni siquiera la que ayuda más a los otros. La santidad no se mide así. La persona más santa es la que se dispone mejor para recibir los dones de Dios, despojándose más de todo lo demás, crucificándose más al mundo, desprendiéndose y desapegándose más de los placeres humanos y mundanos, y ofreciendo su corazón más puramente, que quiere decir más totalmente, a Dios en todo, todo el tiempo. La persona más santa es la que cree más profundamente, que vive más totalmente por la fe, por la cual ella recibe la justificación y la semejanza de Dios. Es también la persona que espera más. Espera toda su felicidad sólo de Dios, y vive anhelando con alegría espiritual la venida del Señor en su gloria. Finalmente, la persona más santa es la persona que vive en el amor de Dios y que ama a Dios con todo su corazón, con un corazón completamente indiviso, y que hace todo lo que hace sólo por el amor a Dios. (Rom 11, 30).

8 (60) Por eso, aunque nosotros vivimos en un pacto de *amor* con Dios por Jesucristo, aun así todavía hay un lugar en nuestra vida con Dios por el *temor y temblor*, para ocuparnos en nuestra salvación con *temor y temblor* para que no caigamos por inadvertencia en pecado o error y perder este gran amor de Dios, para que el resplandor de su gracia no disminuya en nuestro corazón, y para que no caigamos en oscuridad y gran dolor de corazón por haber ofendido a Dios o a nuestro prójimo, lo cual es también una afrenta contra Dios. Queremos más que todo permanecer en este esplendor en que vivimos en Cristo por su justificación, y por nuestra fe y obediencia a su voluntad en todo. Debe ser nuestro gran *temor* el caer fuera de este espléndido amor y perder esta vida de luz y esplendor que él nos dio en este camino de su voluntad, que es el camino ascético-místico de la vida nueva del hombre nuevo. (Rom 11, 30)

9 (61) Vete y vive en mi presencia, en mi amor, en mi *esplendor*. Vive una vida *espléndida*, una vida enamorada de Dios, una vida bañada de su luz, una vida obediente, callada, moderada, desprendida, y desapegada. Esta es una vida vivida en una paz celestial, y es la voluntad de Dios para con nosotros. (Rom 11, 32).

10 (62) Por la fe y por nuestra participación en el misterio pascual, morimos al hombre viejo y resucitamos, iluminados y transformados en su resurrección para vivir una vida nueva como hombres nuevos, criaturas nuevas en Cristo, viviendo en su esplendor, divinizados por él. Vivimos así una vida resucitada y divinizada, muertos al mundo y a sus placeres, muertos al modo mundano de pensar y vivir, y viviendo ahora en él una vida moderada y modesta, una vida callada, desprendida, y desapegada. Renovados así, participamos de la vida trinitaria, y vivimos con la vida divina en nosotros, divinizándonos, deificándonos, y haciéndonos resplandecientes en el amor divino, en el Espíritu Santo que ya inhabita en nuestros corazones, si le obedecemos perfectamente. (Rom 11, 33).

11 (63) ¡Qué diferentes son el placer mundano y la felicidad en el fondo del espíritu! No son la misma cosa; son opuestos. El placer mundano extingue la verdadera felicidad de Dios en el fondo del espíritu. Es la felicidad en el fondo del espíritu que debemos buscar, y renunciar al placer mundano. Así el camino *ascético*, que es el de la renuncia al placer mundano, es el camino que nos lleva a la vida *mística*, que es la felicidad que sólo Dios puede dar en el fondo del espíritu.

¿Pero cuántos saben esto? ¡Pocos! Y así nos enseña Jesús: “estrecha es la puerta, angosto el camino [el camino *ascético*] que lleva a la vida [la vida *mística*], y *pocos* son los que la hallan” (Mt 7, 14). La *mayoría* siguen el camino del placer de este mundo que extingue esta felicidad en el fondo del espíritu, como nos enseña Jesús: “ancha es la puerta, y espacioso el camino [el camino del placer mundano] que lleva a la perdición, y *muchos* [la *mayoría*] son los que entran por ella” (Mt 7, 13). La conclusión, en las palabras de Jesús, es: “Entrad por la puerta *estrecha*” (Mt 7, 13). Los que son sabios siguen esta enseñanza sumamente sabia, pero poco seguida. (Rom 12, 1).

12 (66) Así es la vida *resucitada* con Cristo. Es una vida de fervor y a la vez una vida *crucificada* en amor con Cristo al mundo. Es una vida vuelta hacia el interior, desapegada de lo exterior, y vivida en el esplendor del amor divino. Nadie faltará de notar la vida de alguien que vive así, porque su vida y manera y estilo de vivir es tan diferente de los demás en su ambiente. Él es callado y sosegado, guardando sus sentidos y su espíritu, viviendo en moderación y modestia, en el encanto del amor divino que quema su corazón, llenándolo de luz. Su vida es su mejor sermón. Ella da un bello testimonio del fervor de su espíritu; y su espíritu halla expresión en esta forma *crucificada* de vivir, enamorada de Dios y viviendo sólo para él en todo, desapegada y desprendida de lo demás. Así uno vive en *fervor*, sólo para Dios en su luz, regocijándose en su esplendor. Pero para vivir así, uno tiene que ser purificado de los amores pasajeros y de los placeres mundanos que extinguen todo esto. (Rom 12, 11).

13 (68) Debemos estar *siempre preparados y siempre preparándonos* para este gran día, y esta es nuestra alegría: el ser siempre preparándonos para este día, siempre más desprendidos del mundo, siempre más despojados de sus distracciones, y siempre más desapegados de sus apegos, y así cada vez más inundados del esplendor de Dios, encantados de vivir en tanta luz. Cuanto más meditamos sobre este último día de gloria, tanto menos queremos mezclarnos en las cosas de aquí abajo (Col. 3, 1-2) que disipa esta gran visión, esta alegría en que vivimos en el esplendor del amor divino quemando nuestro corazón. Más bien queremos guardarnos del mundo, de su ruido, y distracción. Queremos vivir en este encanto, vuelto hacia el interior, despojados de las cosas exteriores, en oración y recogimiento, en trabajo silencioso y recogido, en santa espera, en preparación, y en alegre expectativa, crucificados como san Pablo al mundo, y el mundo a nosotros (Gal 6, 14) —o en pocas palabras: “*gozosos en esperanza*” (12, 12). Y viviendo así, ayudamos al mundo más que por cualquier otro tipo de vida. Elevamos su nivel espiritual. (Rom 12, 12).

14 (69) Y, de veras, todo nuestro día debe ser transformado en una *oración incesante*. San Pablo dice: “Orad *sin cesar*” (1 Ts 5, 17). Esto podemos hacer al despojarnos siempre más de lo exterior, aun *no viendo* con nuestros ojos el mundo de la naturaleza alrededor de nosotros por el esplendor infinitamente más brillante que vemos

en nuestro interior, enfocándonos exclusivamente en Dios, inundados de las olas resplandecientes de su amor. (Rom 12, 12).

15 (70) Después de este tipo de oración apofática, uno no quiere hablar más, sino que sólo quiere guardar el silencio, y vivir una vida silenciosa y recogida en paz con Dios, quien resuelve todos los problemas de los que se dedican totalmente a él y hacen perfectamente su voluntad, desapegados de todo lo demás. Así en la oración, ellos ven que la vida *silenciosa y desprendida*, guardando los sentidos, es la mejor vida, la más celestial, la más feliz, la más iluminada, la más llena de esperanza y del amor divino. (Rom 12, 12).

16 (71) Puesto que en Jesucristo hemos vencido al mundo y todas sus falsas atracciones, tentaciones, seducciones, e intimidaciones, debemos en adelante vivir una vida verdaderamente *victoriosa*, sólo para Dios, dejando y renunciando a todo lo demás, desprendiéndonos y desapegándonos radicalmente, para que Dios pueda inhabitar en nuestro corazón con poder y mucha luz. Esto es porque Dios vive poderosamente en un corazón *desprendido de todo lo que no es él*, y *desapegado* de todos los apegos humanos. Alguien que tiene un corazón desapegado y desprendido así, con Dios inhabitando en él, ha *vencido* al mundo, y vive una vida *victoriosa*. Así pues, “*No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal*” (12, 21).

17 (75) El camino para experimentar este amor es el camino estrecho y angosto de la vida, el camino de la cruz, que *pocos* hallan, y menos aún escogen. Es el camino de la crucifixión, el camino de la renuncia, y de la mortificación. Tenemos que ser mortificados al mundo si queremos ser inundados del amor divino y así poder irradiarlo al prójimo. Sin escoger y vivir la cruz, experimentamos muy poco de este amor de Dios, porque sin vivir la cruz, nuestro corazón no está suficientemente vacío para experimentar este gran amor. Dios normalmente visita los corazones vacíos y vueltos al interior, los corazones no divididos por apegos humanos. El que no puede separarse del mundo, no vive profundamente en el amor de Dios, y no puede irradiarlo a su prójimo con mucho éxito ni con mucha intensidad y pureza. La luz de Cristo brilla, en cambio, en un corazón crucificado al mundo. El amante de la cruz es el gran amante de Dios. (Rom 13, 8).

18 (76) El amor de Dios es un río resplandeciente y fulgurante. Si entramos en este río, toda nuestra vida desde entonces en adelante debe ser dirigida a ayudar a nuestro prójimo a entrar también en este mismo río, y a mostrarle el camino del desprendimiento y de la cruz que es el camino que nos conduce a este gran río. El amor de Dios nos impulsa a amar a nuestro prójimo y a dirigirlo a este mismo amor de Dios. El amar a nuestro prójimo nos ayuda a encontrar este amor de Dios. Entonces habiéndolo encontrado, tenemos que compartirlo otra vez con nuestro prójimo. (Rom 13, 9).

19 (88) San Pablo también llama a Dios aquí “*el Dios de esperanza*”, y dice que el resultado final de ser llenados de *gozo* y *paz* por medio de la fe será que rebotamos de *esperanza* en el poder del Espíritu Santo. Y ¿qué es “*rebotar de esperanza?*” Hemos hablado mucho de la esperanza en este comentario, porque la esperanza es la gran virtud monástica. El monje vive para el futuro. Él renuncia a todo lo posible de este mundo y a sus gozos humanos para tener más gozo en Dios; y el gozo en Dios que tiene es un *anticipo* del futuro cuando Cristo vendrá en su gloria. Por eso el monje vive para este día glorioso y trata de vivir en un estado *constante* de *preparación* para la venida del Señor. Esta esperanza da mucha luz y alegría a su vida presente, y él puede vivir en su encanto,

guardándose puro y lejos del mundo para no disipar este encanto. Si tenemos gozo espiritual y paz celestial, y si vivimos en gran recogimiento, pasando muchas horas, por ejemplo, escribiendo reflexiones espirituales como estas sobre las escrituras, entonces *vivimos en la esperanza* y rebosamos de *esperanza*. Somos así *personas de esperanza*, aguardando la consumación de todas las cosas, “aguardando la *esperanza* bienaventurada y la *manifestación* gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2, 13). (Rom 15, 13).

20 (96) ¿Qué alegría hay más grande que esta, el aguardar la parusía, ya experimentando algo de su gozo de antemano con anticipación, guardándonos irreprochables para esta misma venida gloriosa, para que él nos halle preparados y esperándole con alegre expectativa cuando venga? (Rom 16, 19).
